

nuestro espíritu y avasallándolo, fué tomando proporciones *realizables*, y entonces... decidimos emprender la aventura; pero con una condición motivadora, la de salir suspensos...»

Vamos, para que hubiera naufragio; un naufragio metafórico.

Y, por supuesto, el cumplimiento de la condición les sería facilísimo. No habiendo estudiado...

«Eramos tres...»

Sí, como las hijas de Elena.

Y sigue contando el Sr. Salillas que él se quedó en casa, que los otros dos se marcharon... y volvieron; que la expedición no tuvo éxito, igual que la *crónica*, que concluye de la manera más sosa posible.

\* \* \*

Y, vamos á ver: ¿cree el Sr. Salillas que de ese relato insustancial y trabajoso y desgraciado se deduce que el Sr. Cajal era un genio?...

Lo que se deduce es que de muchacho parecía tonto. Sólo que, aun cuando por regla general todos los que lo parecen lo son, y algunos más, él era la excepción de la regla.

### III

## PAGANDO UNA VISITA

### I

¡Qué gana tienen de hacerse daño algunas personas...!

Lo digo por Mariano Benlliure, que, teniendo ya como escultor una reputación que á cualquiera me parece que le podía satisfacer, se ha echado á escribir y ha publicado en *El Liberal* un artículo bastante largo; pero no bastante pensado, ni tampoco bastante bien escrito.

Se titula: *Una visita á León.—Impresiones acerca de la restauración de la Catedral*, y tiene por objeto principal, según se llega á saber después de haber leído la primera columna, proponer y pedir que en la hermosa Catedral restaurada se pinten de obscuro las piedras nuevas para que no se puedan distinguir de las antiguas.

Lo menos malo que tiene esta petición es el

ser una puerilidad, como desde luego se advierte; y digo lo menos malo, porque tiene otra cosa peor todavía, y es que el hacer lo que Benlliure propone y pide constituiría una falta de sinceridad nada laudable.

Por eso seguramente, que no por la vanidad de que se conozca lo que han hecho, como insinúa maliciosamente el articulista por eso los arquitectos de la restauración no han pintado la piedra nueva, por no engañar al público dándole, como suele decirse, gato por liebre ó trabajo nuevo por antiguo.

Antes de formular el Sr. Benlliure su petición extraña, quiere darla algún fundamento, aunque sea tan endeble como el de la impresión propia. Mas lo gracioso del caso es que aun esa impresión es falsa; como que para sentirla... es decir, no para sentirla, sino para hacernos creer que la ha sentido, acude á una invención no muy conforme con la verdad ni del todo ajustada al respeto que la verdad merece á todas horas y en todas partes.

Comienza su artículo-visita el ilustre escultor *confesando*, «aunque parezca extraño, que hasta que *su* buen amigo Fernando Merino le invitó á principios de Agosto último, no había podido *venir* á admirar las maravillas artísticas de la ciudad de León.»

Esta confesión le sirve, ó, por lo menos, quiere él que le sirva para encajar un parrafillo filosófico, digámoslo así, sobre que «esto de

no conocer á España los españoles es *casi cosa (sic)* de buen tono y viste más hablar de otras naciones que de la nuestra»; pero luego dice que él *no llega á tanto*, y después recarga, añadiendo que, «no solamente desconocemos (los españoles) *esas maravillas* (las españolas, es de suponer), sino que tenemos á menos el conocerlas»; en lo cual, si habla por sí... allá él; pero refiriéndose á los demás, me parece que exagera un poco.

Tras de estos preámbulos entra en materia: «El *ocurrírseme* hablar — dice — de asunto tan importante como la restauración de monumentos arquitectónicos fué... (una mala ocurrencia, en eso ya estamos) por el efecto que me causó la catedral de León la misma mañana en que llegué *al amanecer*, y ante el hermosísimo golpe de vista que se abarca desde la casa de Merino».

Bueno; lo del *amanecer* es una *equivocación*, como ya se verá; pero dejemos al señor Benlliure desarrollar su tema.

Seguramente — continúa, — para que pudiese admirar con más detenimiento tan espléndido cuadro, se me alojó en una de las suntuosas habitaciones que dan frente á la Catedral. A pesar de la *poca luz de las primeras horas de la mañana* (y siguen las equivocaciones), observé que *dentro del severo é imponente conjunto, y al propio tiempo esbelta silueta* del edificio, que por oscuro destacaba *sobre el*

33936

*horizonte una mancha clarísima en el centro, me produjo una confusión grande...»*

No sería mayor, ciertamente, que la que usted nos produce á los lectores con ese párrafo endiabrado, que también *se destaca por oscuro*, aun entre las demás oscuridades de su lucubración, en la que desgraciadamente no hay ninguna *mancha clarísima*, ni clara siquiera.

Porque no hay manera de saber si lo que «destacaba por oscuro» era el «severo é imponente conjunto, y al propio tiempo esbelta silueta», ó era la «mancha clarísima en el centro y dentro», ni se puede averiguar tampoco si lo que usted observó fué «la mancha clarísima» ó fué que le «producía confusión grande».

Pero sigo leyendo:

«...me producía confusión grande, por *cuya* causa (no se dice *cuya*, sino *la cual*) no me daba cuenta de las verdaderas líneas interiores ni de las de los cuerpos que componen la gótica Catedral (tampoco se dice *gótica-ca... tedral*), produciéndome el efecto de que las torres estaban completamente aisladas. Tal era mi impaciencia por ver claramente la realidad, que *me quedé* en el balcón hasta que *la luz del día me permitió* apreciarla.»

Traducida al castellano la dificultosa narración del Sr. Benlliure, para que sin trabajo se pueda entender, quiere decir: que por ser nuevo el hastial de entre las dos torres y ser

la piedra nueva más blanca que la antigua, vista la fachada á poca luz, parece que el hastial no existe y que las torres están aisladas; y para evitar este error que pueden sufrir los que contemplen el monumento al amanecer, se debe pintar lo nuevo del color de lo antiguo.

Esa es la sustancia. Y continuó.

¿Han visto ustedes con qué formalidad y con qué lujo de pormenores cuenta el Sr. Benlliure lo de su llegada «al amanecer», lo de su «confusión» al percibir «el severo é imponente conjunto, y, al propio tiempo, esbelta silueta» de la Catedral, destacándose por oscuro, y luego «una mancha clarísima en el centro», lo de su creencia de que las torres estaban aisladas, lo de su quedada en el balcón hasta que la luz del día le permitiera apreciar la realidad, etc., etc?...

Pues nada de eso ha sucedido. Nada: ni ha habido tal llegada al *amanecer*, ni tal *confusión*, ni tal falta de luz, ni tal quedarse al balcón en espera de ella.

Todo eso ha podido ser un sueño del señor Benlliure cuando venía por Grijota, ó una invención *poética*, ó prosaica ó, en fin, lo que modernamente se llama un *infundio*, preparado para que saliera el argumento en favor de la pintura de las piedras nuevas, *infundio* que no puede pasar aquí entre los leoneses que, aun después del estropicio horológico de Dato sabemos todavía en qué hora vivimos.

Verán ustedes: el Sr. Benlliure vino á León en el tren correo de Madrid uno de los primeros días del mes de Agosto. El tren correo de Madrid llega á la estación de León á las seis y veinte minutos de la mañana (1), cuando no trae retraso, que le traecasi siempre. Suponiendo que el día que vino á León el Sr. Benlliure llegara el tren por casualidad á su hora, que no es poco suponer, y suponiendo que no tardara el Sr. Benlliure más que tres minutos en bajarse del tren, saludar á los amigos que le esperaban, salir de la estación y montar en el coche, y que éste no tardara más que siete minutos en andar el trayecto desde la estación á la Plaza de Regla, siete y tres son diez, sobre veinte... lo más pronto que pudo llegar á su alojamiento fué á *las seis y media*. Y como el día 4 de Agosto, que debió de ser el de la llegada, sale el sol á *las cinco*, resulta que había ya hora y media de sol cuando Benlliure llegó á su alojamiento; es decir, que estábamos en pleno día, y que un sol espléndido bañaba ya la Catedral ampliamente.

Se me dirá quizás que esa inexactitud no tiene importancia. Ya lo sé yo; ni el argumento que se quiere sacar de ella tampoco. Si la he señalado y hecho resaltar, no ha sido ciertamente por destruir el argumento del Sr. Benlliure, lo cual no me parece necesario, sino

(1) Véase la Guía del mes de Agosto de 1902.

para que se mida por ella la autoridad del resto del artículo, y para que, aplicando esa medida, queden en su justo valor, es decir, en ninguno, otras afirmaciones del Sr. Benlliure menos inofensivas.

## II

Inmediatamente después de haber urdido la farándula esa de la llegada al amanecer y de la silueta oscura y la mancha clara, etc., dice en otro párrafo de su *Visita á León* el señor Benlliure:

«Aunque sé que es empresa delicadísima la del crítico, quiero hacer constar, ante todo, que, debido á las *muchísimas* horas que dedico al trabajo, no leí nunca nada referente á esta obra...»

No se ve muy clara la relación del primer miembro del período con el segundo. «Aunque sé que es empresa delicadísima la del crítico, quiero hacer constar que no leí nunca nada...»

¡Bueno!

Además lo afirmado en el segundo miembro es inverosímil; y como llueve sobre mojado, como está tan reciente el infundio de la *poca luz* cuando había hora y media de sol, surge la idea de que esto de no haber leído nada referente á la obra de la catedral sea otro sueño ú otra invención, y se inclina el ánimo na-

turalmente á tomar la determinación de no creerlo á dos tirones.

«Sólo sabía—sigue diciendo el Sr. Benlliure—que se estaba haciendo una gran restauración, como real y verdaderamente es, *pero ignoraba y aun hoy mismo lo ignoro quién son y han sido sus autores.*»

¡También sería ignorar!...

Y digo *sería* porque me parece que no es. No; aquí ya la sospecha de la equivocación del Sr. Benlliure es tan vehemente que la resolución de no creer se impone, y... decididamente yo no creo que, por muchas horas que el señor Benlliure dedique al trabajo, no creo que ignore *quiénes son y han sido* los autores de la restauración de esta Catedral maravillosa.

Pase, y es mucho pasar, que al venir á León lo ignorara; pero al escribir el artículo, ya de vuelta en Madrid, el 31 de Agosto, después de haber estado en León mientras las fiestas reales y haber hablado *probablemente* con el actual arquitecto de la Catedral, y haber visto los retratos de los cuatro anteriores, de gran tamaño, con sus nombres al pie, colocados en sitio muy visible... no, vamos, no, ya no podía ignorarlo.

A más de que él mismo se rectifica un poco más adelante, cuando suscribe:

«...Lo mismo que digo una cosa digo otra (ya lo vemos, ya; pero bueno es que usted mismo lo confiese), *sólo* recibirán mis plácemes

sus autores (los de la restauración), por haber sabido armonizar tanto el estilo como las proporciones, *que hacen inmortal el nombre de quien primero ideó la restauración*». Donde naturalmente ocurre preguntar: Si el Sr. Benlliure ignora quiénes son y *han sido* los autores de la restauración, ¿cómo sabe que se ha hecho inmortal el nombre de algunos de ellos? Aparte de que tampoco es admisible que los autores de la restauración sólo puedan recibir los plácemes del Sr. Benlliure, y no los de otras personas, como, sin querer, dice el señor Benlliure...

Porque no acertó á decir «sólo plácemes recibirán de mí sus autores», que era lo que quería decir el Sr. Benlliure.

Tras del alarde impertinente, inverosímil y ainda, ainda, de ignorar quiénes hayan sido los autores de la restauración, añade el insigne escultor, esto que sigue:

«Para que mi opinión sea más sincera, debo declarar que cuando *se inauguró la parte restaurada* me hallaba en Roma.»

Tampoco aquí se ve la consecuencia... Lo que se ve, por el contrario, es que el Sr. Benlliure no estudió lógica ó no la aprendió bien. ¿Qué tiene que ver el estar en Roma con la sinceridad de su opinión en el caso presente? ¿Se deduce de que el Sr. Benlliure estuviera en Roma cuando la inauguración de la Catedral, no de la *parte restaurada*, como él dice, por-

que no se inauguró la *parte restaurada*, sino que se inauguró ó se abrió al culto la Catedral entera, después de restaurada; se deduce de que se hallara en Roma que su opinión sea más sincera que si se hubiere hallado en España? ¿Cree el Sr. Benlliure que no hallándose uno en Roma al inaugurarse en España un monumento no se puede tener respecto de él opinión sincera...? ¡Vamos, hombre...!

Y sigue diciendo:

«Hace tiempo que vengo observando que la generalidad de nuestros arquitectos *padece de una misma obsesión.*»

—Vamos á ver qué obsesión es—habrán dicho mis lectores para sí, de seguro. Lo mismo dije yo para mí cuando leí el artículo. Pero tendrán que resignarse á no verlo, ni saber cuál es la obsesión que padece la generalidad de nuestros arquitectos, lo mismo que tuve que resignarme yo; porque el Sr. Benlliure no nos lo dice.

Nos pica la curiosidad escribiendo aquel exordio, sentando aquel antecedente; y luego, según su costumbre, se marcha muy tranquilo por otro lado.

Verán ustedes:

«Hace tiempo que vengo observando que la generalidad de nuestros arquitectos padece de una misma obsesión; pero, la verdad (¿á ver, á ver?), ante una obra de tanta trascendencia y tan importante como la que se ha llevado á

cabo en la Catedral leonesa... (expectación) no puedo ni debo callarme.»

Otra vez lo mismo... ¡Qué ilaciones hace el Sr. Benlliure!... Los arquitectos padecen una obsesión; pero ante una obra de tanta importancia, no puedo ni debo callarme...

Corriente. Pero me parece que hace usted mal y que era mejor lo otro.

«No puedo ni debo callarme, aunque sin pretender meterme en la parte técnica de la arquitectura. Hasta ahí no alcanzo; y aunque alcanzara, lo mismo que digo una cosa digo otra... etc.»

Vaya, ¿ve usted cómo era mejor que se callase?...

Aquí es donde dice aquello de la armonía del estilo y las proporciones, y los plácemes y la inmortalidad del nombre del que «ideó la restauración», que ya conocen mis lectores porque tuve que anticiparlo arriba, y luego añade:

«Pero por lo mismo, no sólo lamento, sino que protesto (dos verbos que no se pueden construir juntos) de que *por un detalle desaparezcan todas esas hermosas cualidades* (el estilo, las proporciones, etc.); *detalle* cuya razón de ser no he llegado á desentrañar y para el cual pido *á quien sea* (¿á quien sea el detalle?) un remedio ejecutivo.»

—¿Qué detalle será ese que hace desaparecer todas las *hermosas cualidades*?—dirían los lec-

tores llenos de curiosidad si no les hubiera yo anticipado la petición del Sr. Benlliure. Porque él por su parte no nos ha dicho todavía, después de tanto escribir, qué es lo que quiere. Ahora es cuando va á decirnoslo.

«¿Qué es lo que demanda una obra de esta naturaleza? Respetar y conservar todo lo que se pueda lo auténtico, limitar lo nuevo á lo más preciso (todo sabido ya) y copiar lo antiguo *hasta* que lo nuevo se confunda con *él* (con *ello* querrá usted decir), no solamente en la forma, sino *también en el color.*»

¡Acabáramos!... Aquí es donde el Sr. Benlliure, después de mil rodeos, se desemboza y enseña el antojo que tenía tapado, el de que se pinten las piedras nuevas.

Para reforzar su rara y caprichosa petición, añade que «en tales trabajos puede *dar fe* (él dice *puedo*), y principalmente de los que ha visto realizar en Venecia al reconstruirse casi todo el palacio ducal», donde «con tanto respeto está ejecutada la obra, que si no la hubiera visto realizar dudaría de su restauración.»

En seguida dice que refiriendo él esto mismo en su visita á la Catedral, le preguntaron *varios* de los que le acompañaban: «¿*Entonces* el nombre de quien hizo obra tan perfecta habrá quedado ignorado?»

¿De veras le preguntaron á usted eso?... Yo, recordando aquella otra formal afirmación de

usted, de la llegada al *amanecer* y de la *poca luz*, me permito dudarle; me inclino á creer que esa pregunta es una invención como aquella escena...

Unicamente me avendría á admitir la autenticidad de esa interrogación de *varios* acompañantes, si se me asegurara que en el acompañamiento de usted iban *varios* tontos; porque sólo esta clase de *varios* podían hacer esa pregunta, que es una tontería completa. Con su causal *entonces* y todo, que equivale ahí al *ergo* latino. ¿Por qué se ha de deducir eso que usted dice... que dijeron? No se deduce tal cosa.

Lo que hay es que á usted se le ha metido en la cabeza que los arquitectos restauradores no han pintado la piedra nueva por la vanidad de que se vean bien los remiendos que son obra suya, y obedeciendo á esa *obsesión*, que no han de padecerla sólo los arquitectos, retrasa usted la salida del sol, ejerciendo de Josué nocturno, hace que sus acompañantes le pregunten simplezas y lo arregla todo á su talante.

Sigue diciendo que «lo que á primera vista parecen parches *quita esbelled* al monumento», y tiene el ensañamiento de añadir que convenció de ello á sus acompañantes. «*Convencidos* —escribe— de cuanto les decía, me rogaron que *con mi autoridad* (¡dese usted tono, no sea usted tan humilde!) escribiese algo

sobre el particular...» ¿Pero de dónde habría salido aquel acompañamiento? ¡Como no fueran todos diputados rurales!...

—«Yo no entiendo de estas cosas», dice el Sr. Benlliure que contestó él á los que le instaban á escribir; y á fe que dijo verdad, si es que tal dijo, aunque seguramente sin deseo de que le creyeran.

### III

Las cosas más graves del pintoresco y regocijado artículo-visita con que nos ha querido obsequiar Benlliure á los de León, están al final: *in cauda venenum*, que decía el proverbio latino.

Después del diálogo deslavazado é incoherente que el visitador supone haber sostenido con sus acompañantes, donde nos presenta á éstos rogándole que, *con su autoridad*, escribiese algo sobre el asunto, y les contesta él con humildad de garabato que «no entiende de esas cosas», agregando, por lucir su ingenio para el chiste, que «puede ser que de este modo (sin pintar) *ofrezca más resistencia la piedra*», y supone que á esta simpleza le contestaron ellos formalmente que no, que «*de eso ya se habló*, pero desde los primeros momentos se acordó dejarlo como está para que sin necesidad de *Baedckers* (guías) se viese lo nue-

vo», á lo que contesta él diciendo: «Vamos, en ese caso aun falta algo, y es que en cada piedra pongan su firma los restauradores»... Después de este diálogo inverosímil, sin decirnos si los acompañantes le celebraron y aplaudieron esta última gracia, como le *volviesen á instar* para que dijese algo en la prensa, pensó Benlliure que... Pero mejor es dejar que lo diga él á su modo.

«Pensé que, en efecto, hay ocasiones en las cuales debe expresarse en voz alta lo que se siente, y me dirigí á varios amigos periodistas para que escribieran sobre ello; *pero éstos*, ó no han visto el asunto (naturalmente, ¡como que no le hay!), ó no les ha parecido lo suficientemente interesante (¡claro!, ni suficientemente ni nada) para los honores de la publicidad. Mas yo... (*pero éstos... mas yo...* ¡qué primoroso!) pienso de otra manera; y he aquí por qué *me lanzo á llamar la atención*»...

Y lo consigue usted, no se puede negar: consigue usted llamar la atención por lo mal que escribe, por la falta de sentido con que suele expresarse, por la candidez y poco numen de ciertas *invenciones*, por los desdeñosos alardes de ignorar cosas y desconocer personas, y por las agresiones felinas de los últimos párrafos.

Antes de tratar de éstos, haré mención de otro, por ser el único en donde el señor Benlliure tiene razón; me refiero á aquel en que dice que se debe quitar el coro del medio de



la nave. Pero aun esto lo dice mal, sin duda por no saber decirlo de otra manera.

«No menos deplorable—dice—es el empeño de conservar el coro en medio de la nave central, que destruye por completo el golpe de vista que debe abarcarse desde la entrada.» Parece que es la nave central la que destruye el golpe de vista, cuando en realidad es el coro. Y el coro ha querido Benlliure decir, sólo que, por falta de una cosa que llaman sintaxis, no ha sabido.

En eso, dicho que sea con claridad, repito que tiene razón; salvo lo del *empeño*, que no está bien, pues ya no hay tal empeño por parte de nadie afortunadamente. No, el Cabildo, que antes se opuso á su traslado, hoy no se opone, y el coro será en breve trasladado, acaso no al ábside, como propone el señor Benlliure, que no en todo había de acertar, sino á los primeros intercolumnios del prebisterio, ó á los pies de la Iglesia.

El arquitecto, don Juan Bautista Lázaro, mi querido amigo, conózcale ó no el señor Benlliure, tiene ya hechos los planos para la nueva instalación, en los que logra vencer las dificultades no escasas ni pequeñas que ofrece la colocación de una sillería, para la cual no fué trazado el edificio. Los planos representan dos soluciones distintas, para que la Academia de Bellas Artes elija la que mejor la parezca. Sólo falta que esta *señora*, que hace diez ú once

años negó la traslación por un voto, y á cuya familia pertenece hoy el señor Benlliure, se porte ahora mejor que entonces, y que el Ministro de Instrucción pública conceda el dinero necesario.

Y vamos á ver las indicadas agresiones felinas, los verdaderos arañazos del Sr. Benlliure.

«También hablaría —dice— de otros monumentos que hacen de la ciudad de León una de las más dignas de ser visitadas, y que, *no tan sólo no están restaurados*, sino que *se hallan en completo abandono*, como por ejemplo (¿á ver?... ) la magnífica sillería de coro, tallada en madera, de la iglesia de San Marcos, una las obras de este género más completas que he visto y de las mejores de su época por la unidad y armonía de toda ella, por lo admirablemente interpretados que están todos los motivos ornamentales... » etc.

Todo este elogio está bien, y aun es poco; la sillería de San Marcos de León, obra de Guillermo Doncel, concluída en 1547, es hermosísima, es una preciosidad, es la mejor del Renacimiento, pero no sirve para lo que la destina el Sr. Benlliure; no sirve para *ejemplo* de monumentos que, *no tan sólo no están restaurados*, sino que *se hallan en completo abandono*, como la pone el Sr. Benlliure con imperdonable ligereza.

«Otros monumentos que, *no tan sólo no están restaurados*... como la magnífica sille-

ría...», etc. ¿Qué restauración quería el señor Benlliure que se hiciera?; ¿qué restauración echa de menos el Sr. Benlliure en la sillería de San Marcos?... ¡Si está entera, y tan hermosa y tan bien conservada como si se hubiera acabado de hacer ayer tarde! ¿No es esto hablar por no callar, ó escribir de memoria y á lo que salga?...

Tampoco sirve la sillería de San Marcos para ejemplo, como la pone el Sr. Benlliure, de monumentos que se hallan en completo abandono. Tampoco esto es verdad. ¿De dónde lo saca el Sr. Benlliure?... De donde sacó aquello de la llegada *al amanecer* y de la *poca luz* para ver la Catedral, cuando en realidad hacía un sol espléndido... No, la sillería de San Marcos no se halla en abandono completo, ni incompleto siquiera. La iglesia de San Marcos, en cuyo coro alto está la sillería, no tiene hoy culto; pero está cerrada con llave bajo la custodia de la Comisión provincial de Monumentos, que tiene allí un conserje encargado de limpiar el polvo á la sillería con un plumero, y de enseñarla á los forasteros visitantes, como se la enseñaría al Sr. Benlliure.

¿Es esto hallarse en *completo abandono*?... Sí... lo mismo que es el *amanecer* cuando hace hora y media que el sol ha salido...

La diferencia está en que aquella mentira era solamente una simpleza, y ésta es además una calumnia.

«¿Por qué, señores académicos, ilustres compañeros míos —dice luego el Sr. Benlliure queriendo darse tono— ilustres compañeros míos, que vivís siempre en España (más tono todavía) y que conocéis al dedillo todas estas riquezas artísticas, no dais cuenta del estado en que se encuentran al Ministro de Bellas Artes, para que procure conservarlas?»

Porque no es necesario, vocinglero insustancial, porque no es necesario; porque están perfectamente conservadas, á lo menos ésta que pone usted por ejemplo.

Pero ya puesto á disparatar el Sr. Benlliure no hay quien le detenga, y sigue diciendo:

«Y si ofrece dificultades conservar la joya donde se halla, ¿por qué no se la traslada á uno de los Museos de la Corte?»

Porque no, hombre, porque no; porque eso de trasladarla á un Museo sería una barrabasa, mayor si cabe que la de pedirlo. Y una barrabasa fuera de moda, porque hoy está desacreditado el sistema centralizador, principalmente en el arte, el sistema estúpido de hacinar maravillas artísticas en los Museos, para que los indoctos las *admiren* fácilmente, á media docena por minuto. Las obras de arte deben admirarse allí donde se hicieron ó para donde se hicieron.

Hoy renace en esto el buen sentido y el buen gusto, y por eso el Senado y otras Corporaciones encargan ó compran cuadros, para colo-

carlos, no en el Museo de Pinturas, sino en sus propios domicilios. Y ahora es cuando el Sr. Benlliure, con un criterio atrasado, pide que se traslade á un Museo una sillería de coro. ¡Todavía va á pedir también el Sr. Benlliure, cualquier dña, que sea trasladada la Catedral de León al Campo del Moro, para que la admiren los *golfos* de las Vistillas!

Otro arañazo de Benlliure, y es el último, para los leoneses en general, y especialmente para los Sres. Canónigos de San Isidoro, que seguramente no le habrán hecho ningún daño:

«Y para terminar hoy, pues prometo seguir (¡mejor lo haga Dios!) ocupándome en cosas de esta naturaleza que son de mi oficio, recordaré también el asombro que me causó ver á *disposición hasta de los ratones* la Biblioteca de San Isidoro, en la que existen códices tan famosos como la célebre Biblia del siglo X, admirablemente ilustrada, y *manoseada más admirablemente todavía.*»

Otra vez hay que recordar aquello del *amanecer*, y de la *poca luz*, con hora y media de sol, para explicar esta otra invención del señor Benlliure.

Nada de lo que dice es así. La Biblioteca de San Isidoro está pobre, porque los Canónigos no tienen presupuesto alguno para conservación del edificio, y no tienen con qué ponerla un suelo lujoso y una lujosa estantería; pero está bien cuidada y no hay ratones en ella.

La Biblia del siglo X y los demás códices, que cualquiera que haya leído el artículo de Benlliure y no sepa con qué facilidad inventa, creará que están tirados en algún rincón, están, lo mismo que el perdón de Baeza, custodiados en unas vitrinas que costó la Comisión de Monumentos. Allí se enseñan á los visitantes y allí se los enseñarían al Sr. Benlliure, que tan mal paga la atención que con él tuvieron.

Lo demás, la Biblioteca está ordenada en lo posible, á pesar de la falta de estantería, correspondiente á su importancia, y algunos señores Canónigos, auxiliados, según creo, por el Vicepresidente de la Comisión de Monumentos D. Eloy Díaz Giménez y por algún fraile capuchino del convento de San Francisco, están formando los índices.

En cuanto á la Biblia, que Benlliure encuentra manoseada en demasía, las personas reflexivas y sensatas se admiran de que esté tan bien conservada, después de diez siglos de estarla enseñando y manoseando. ¿Qué hubiera dicho Benlliure de los Canónigos si, por no manosearla, no hubieran querido enseñarle á él las viñetas?

Y termina Benlliure, queriendo dejarnos bizcos á todos, con un chiste tomado á préstamo en la calle de la Arganzuela:

«Ante tal sacrilegio—dice, refiriéndose al manoseo del códice—á cualquiera se le ocurre

pensar que aquí no se respeta ya ni la *Biblia*.»

¡Adiós, ingenioso!

Y para terminar yo también, le voy á dar á usted un par de consejos. Tómelos usted, que no le irá mal con ellos.

No se haga usted tan personaje, porque no es para tanto, tanto; y no vuelva usted á escribir en periódicos... por lo menos hasta que usted aprenda á hacerlo bien, ó siquiera regularmente.

## IV

### UNAMUNADAS

---

#### I

Uno de esos pobres muchachos americanos que, encontrándose con demasiado dinero, se vienen á París á gastarlo en vicios, y cuentan luego al público minuciosamente sus feos y marraniles andanzas en un libro impreso con lujo, ha tenido, además de éstas, otra idea infeliz: la de pedir para su libro un prólogo al inverosímil Rector de Salamanca.

Y, es claro... ¡cualquier día deja escapar un librepensador así, soberbio y petulante, la ocasión de exhibirse!... El señor Unamuno ha accedido á la solicitud del muchacho rico, y le ha escrito el prólogo, despotricando en él fieramente, según su costumbre, contra todo lo que le incomoda, desde la existencia del alma hasta el idioma castellano.

El es así. Lo que no entiende, lo que des-